



CAZADORES DE ALMAS OSCURAS
NINA

Sandra Dark

CAZADORES DE ALMAS OSCURAS
NINA



Primera edición: marzo 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Sandra Dark

ISBN: 978-84-18663-34-5

ISBN digital: 978-84-18663-35-2

Depósito legal: M-6798-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi compañero de vida y al mejor regalo
que me ha hecho jamás, nuestro hijo.
Gracias por estar ahí y por vuestro apoyo
incondicional.*

INTRODUCCIÓN

Mi nombre es Nina Di Angelo. Mis padres adoptivos, de origen italiano, migraron a Inglaterra buscando nuevas experiencias desde Siracusa, una preciosa ciudad situada en la mágica isla de Sicilia, Italia. Me pusieron ese nombre en honor a la cantante alemana Nina Hagen. Sí, eran supervivientes de los 70 y como buenos amantes del punk y sus variantes, decidieron llamarme así.

Marco y Paola me encontraron cuando era un bebé y alguien decidió abandonarme en el portal de la casa donde vivían en Siracusa. Mi madre dice que fui el regalo que tanto estaban esperando, ya que no podían tener hijos propios, y que por fin Dios había escuchado sus plegarias. Fue todo muy extraño, los papeles de la adopción, junto con mi partida de nacimiento ya estaban arreglados e iban a nombre de mis nuevos padres. Era como si mis padres biológicos quisieran que esa pareja me cuidara, como si lo hubieran meditado con detenimiento. No se equivocaron. Mis padres adoptivos son los mejores y me quieren igual o más que si fuera de su propia sangre.

Con cinco años ya mostraba interés por la pintura, profesión a la que se dedican mis padres. El problema es que, a esa edad y durante algún tiempo, lo único que dibujaba era una especie de llave. Después descubrí, gracias a ellos, que era idéntica a una marca de nacimiento que tengo en la parte trasera del cuello, justo en la nuca. En aquel entonces no sabía la importancia que tendría en un futuro esa marca tan extraña, ni que cambiaría mi vida de una forma tan radical.

A mis veinticinco años, se podía decir que había conseguido todo lo que me había propuesto en la vida. Me trasladé desde Chelsea hasta Los Ángeles con diecinueve años, había aprendido y trabajaba con los mejores tatuadores del gremio, me dedicaba a lo que más me gusta en la vida, plasmar mi arte en la piel, tengo buenos amigos y se podría decir que nunca ando mal de pasta. Pese a todo, siempre he pensado que no era como las demás personas que me rodeaban, que algo no acababa de encajar en mí y que nunca encontraría mi lugar en este extraño mundo de locura y caos en el que vivimos. Con lo que no contaba es que eso no tardaría en cambiar.

CAPÍTULO I

EL COMIENZO

Me desperté agitada, como llevaba haciendo ya un tiempo, siempre lo mismo. La misma pesadilla se repetía una y otra vez, solía vislumbrar ese rostro que no alcanzaba nunca a ver, pero que constantemente me pedía auxilio a gritos para que lo ayudara y lo salvara de su terrible agonía. ¿Qué podía hacer yo al respecto? Ni siquiera podía ver su cara con claridad, no sabía quién era, pensé que únicamente sería un mal sueño. Sin embargo, su dolor era tan fuerte que lo sentía como si fuera mío, sentía que estaba en la obligación de ayudarlo y que solo yo podría hacerlo. ¿Qué tonterías estaba pensando? Solamente era una mala pesadilla, o eso creía yo.

Era un día normal en The Black Tatoon Studio, el estudio de tatuajes donde trabajaba con mi mejor amiga, Alice Warner, una chica de Oregón que cruzó EE.UU. hasta Los Ángeles (California), persiguiendo su sueño de trabajar con los mejores tatuadores de América. Sí, sé que parece una locura, pero ¿qué podría decir yo si me trasladé desde Chelsea (Inglaterra) persiguiendo el mismo sueño? Ella es extrovertida, pese a mi mal humor siempre me saca una sonrisa y ve la parte positiva de todo lo malo por muy chungas que se pongan las cosas.

Mi jefe, Mike Adams, es el mejor. No es como los demás jefes; a diferencia de la mayoría, es bastante enrollado. A pesar de que su mujer lo dejó, hace seis meses, nunca lo he visto malhumorado, aunque me consta que lo está pasando bastante mal. Él nació aquí,

en Los Ángeles, y es uno de los mejores en lo suyo. De él lo aprendí todo, fue como un maestro para mí y para mis compañeros. Se hizo en la calle y empezó como grafitero con tan solo doce años de edad. Eso es digno de admirar y por ello lo respetábamos.

También trabajo con Ben Evans, un chico castaño de ojos verdes, que he de decir que no está nada mal. Su sonrisa podría iluminar la noche más cerrada y oscura. Aunque solamente somos amigos, Alice piensa que está colado por mí, sin embargo, yo no opino lo mismo. ¿Por qué tendría que fijarse en mí con la cantidad de mujeres que suspiran por sus huesos? No es que yo sea un orco, siempre me he considerado del montón. Pese a que Alice piensa que soy una tía explosiva con mi metro ochenta y tres, el cabello negro rizado hasta la cintura y los ojos grises, sigo pensando que no soy para tanto.

Cuando decidí trasladarme a Los Ángeles, lo que más me costó fue dejar a mis padres atrás, ya que en cuestión de amistades andaba algo escasa. Hasta que decidieron instalarse en Chelsea, habíamos vivido en Bournemouth, Newcastle, Sheffield y Dover, con lo cual no me dio tiempo a hacer grandes amigos, al no mantenernos mucho tiempo en el mismo lugar.

Todo transcurría con normalidad, así que decidimos cogernos un descanso e ir a tomar unas cervezas, pues hasta una hora después no tendríamos más clientes que tatuar. Caminábamos por Melrose Avenue charlando, ajenas al mundo que nos rodeaba. Al alzar la vista nos dimos cuenta de la cantidad de policías que se encontraban a la salida de aquel edificio antiguo, donde vivía nuestra amiga Tina Miller, una chica a la que conocimos en nuestros comienzos como tatuadoras. Ella había sido de las primeras en venir al estudio y dejarse tatuar por unas novatas sin experiencia como éramos nosotras en aquel entonces. La conocíamos desde hacía bastante tiempo. Para nosotras era una buena amiga y nuestra mayor fan. Entre Alice y yo ya le habíamos hecho más de treinta tatuajes y por el momento no tenía pensado parar. Siempre tiene un diseño en mente. Tina es natural de Los Ángeles, es una chica

preciosa de cabello rojizo y de ojos color miel que conjuntan a la perfección con el tono de su piel.

Seguimos andando, la curiosidad nos invadía, hasta que oímos a un agente comentar con otro que un joven que vivía en ese edificio había enloquecido y tenía como rehén a su pareja.

—Oye, Alice, tengo un mal presentimiento —el sudor helado me corría por la espalda y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—Nina, ¿crees que puede ser Tina la chica que está en peligro? Últimamente está muy rara y hace días que no contesta a nuestras llamadas. La última vez que la vimos no tenía muy buena cara, pero sí bastante prisa por desaparecer. La noté algo distante —su tono era de preocupación.

—No lo sé. La verdad es que tienes razón, estaba bastante rara —contesté, comenzando a angustiarme.

Alice no mentía. Tina no era la misma de antes. Desde que salía con Mark White había dejado de quedar paulatinamente con nosotras. Cuando nos la encontrábamos siempre iba con él y las pocas veces que iba sola trataba de esquivar nuestras preguntas para marcharse cuanto antes, dejándonos plantadas. No podía quedarme allí sin más, sabía que algo iba mal y tenía que impedirlo. La marca de mi nuca empezó a quemar, ya había tenido esa sensación antes y, sin saber cómo, casi de una manera inconsciente, empecé a caminar hacia el apartamento de Tina.

—Espera aquí y no te muevas, yo volveré enseguida —le ordené a Alice, convencida de que lo mejor era mantenerla lejos.

—¡Eh! ¿Qué pretendes hacer? —me preguntó sorprendida mientras me alejaba de allí y la dejaba con la palabra en la boca.

Corrí con toda mi alma hasta la parte trasera del edificio, donde estaba la escalera de incendios, esquivando a los policías. Sin pensármelo dos veces la subí hasta el tercer piso, donde se encontraba el apartamento de Tina, rompí el cristal de la ventana, que estaba cerrada, y entré. Lo primero que vi fue a mi amiga tirada en el suelo, sangrando, con un golpe en la cabeza e inconsciente. Me quedé paralizada. ¡Mierda! No sabía qué hacer.

Me giré y por el rabillo del ojo pude ver a Mark, junto a un ser que no podía identificar. Era extraño, alto, de piel rojiza; sus ojos eran los más aterradores que había visto nunca, las pupilas no se podían diferenciar del resto del ojo, eran tan oscuros y vacíos que me producían escalofríos.

—¡Mátala, acaba con ella! Es una traidora que te engaña y te desprecia. No merece vivir, no merece todo el amor que le das —le chillaba ese ser despreciable, sin apartar sus ojos de Tina.

—¿En serio le vas a creer, Mark? Ella solamente te quiere a ti, sería incapaz de engañarte con otro. ¿Cómo puedes creer lo que te dice esa cosa? —le grité sin mucho éxito, puesto que parecía absorto en sus pensamientos mirando a mi amiga.

—¿Cosa? ¿A quién llamas cosa, simple mortal insignificante? Tal vez debería darte una lección, a ver si así aprendes buenos modales —escupió ese ser con desprecio—. ¿Sabes? Podría matarte simplemente chasqueando los dedos, humana.

—¡No me das miedo, capullo! —grité con toda la seguridad que pude dadas las circunstancias en las que me encontraba, que, por cierto, no eran favorables.

Cuando creía que esa cosa iba a abalanzarse sobre mí, de pronto escuché dos voces a mis espaldas. Al girarme pude ver a un hombre alto, fuerte, de pelo castaño y ojos color miel, bastante guapo. Hablaba con una mujer más baja que él, con un cabello rubio ceniza ondulado y unos ojos azules como el agua clara.

—Eh, Nora. ¿Cómo puede ser que la mortal lo vea? —comentó extrañado aquel hombre de mirada confusa, al tiempo que lo miré atónita.

—No lo sé, Raziel, pero al parecer no es al único que puede ver —le respondió.

—¡Vaya, vaya! Mirad quién ha decidido honrarnos con su presencia. Mi amigo Raziel y su inseparable camarada. ¡Qué suerte la mía! —se mofó la criatura extraña.

—Será mejor que te apartes de ellos si no quieres sufrir, Arioc. Tócala y te mandaré de vuelta al infierno. Hoy no va a ser tu día de

suerte —habló el hombre a quien se dirigieron como Raziel, con tono amenazante.

—¡Esto no se quedará así! Por lo visto, el que tiene hoy su día de suerte eres tú. No tengo ganas de ensuciarme las manos con la sangre de dos traidores como vosotros y pensándolo bien, tampoco es que me apetezca mucho saltarme el tratado —entonces se dio la vuelta para mirarme y el corazón se me paró un segundo—. Tú también has tenido suerte. Es una pena, me habría divertido mucho contigo.

Escupió esas palabras y sin decir nada más desapareció, dejando tras de sí una nube de un humo espeso anaranjado, con un olor a azufre que era insoportable.

Sin mediar palabra, Raziel sacó lo que parecía un espejo antiguo y lo puso frente al rostro de Mark, que no paraba de temblar y de convulsionar. Empezó a palidecer y en cuestión de segundos desapareció como las cenizas al viento.

—No lo puedo creer. ¿Qué está pasando aquí? Esto no puede ser real y quiero despertarme de esta jodida pesadilla —argumenté, sin dar crédito a lo que veía.

—¡Tú, mortal! ¿Cómo es que tienes la capacidad de vernos? ¿Eres una camarada descendiente de los Grigori? —con el ceño fruncido, quiso saber Raziel—. No lo creo, porque de ser así lo habría detectado —meditó en voz alta—. ¿Quién eres?

—No sé de qué me estás hablando. Si esto es real, por favor, ayuda a mi amiga. Te lo suplico, está malherida —le rogué, sollozando al verla allí tirada.

—Tranquila, tu amiga sobrevivirá, no es más que un golpe —se acercó a Tina, la acunó entre sus brazos posando las yemas de los dedos sobre su cabeza e hizo que por arte de magia la sangre que seguía brotando de su herida cesara y desapareciera rápidamente.

—¡Wow, es impresionante! Mi nombre es Nina y te agradezco lo que has hecho. Sin embargo, soy yo la que tiene que preguntar qué es lo que eres —hablé con un tono de asombro que no podía disimular. Lo que acababa de hacer era increíble. Hizo desaparecer

a Mark con esa especie de espejo raro y luego, únicamente tocándola con sus dedos, curó la herida de Tina sin más y la sumió en un profundo sueño.

—Contestaré a tu pregunta porque cuando despertéis no recordaréis nada. Sería demasiado para vosotras y podríais llegar a enloquecer —me aclaró en un tono despreocupado, mientras sonreía—. Soy un Grigori o ángel caído. Estoy condenado a vagar por la tierra, cazando las almas oscuras de los humanos y a los demonios que fomentan sus locuras y tormentos, evitando que se extiendan a sus anchas.

—¿Por qué fuiste condenado? ¿Fue por traicionar a Dios y ponerte de parte de Lucifer? No soy muy religiosa, aunque me crie en un pueblo bastante católico y según creo pasó algo así, ¿no? —indagué curiosa, pues no sabía mucho del tema en cuestión.

—¡No tienes ni idea! Las cosas no fueron tan sencillas, no ocurrió por simple traición y ya está, había diferencias. Nosotros queríamos ayudar al hombre, pero el Creador no quiso después de que lo traicionais y perderais el paraíso. Por eso, entre otras cosas, nos castigó. Decía que teníais que vivir según el libre albedrío y solventar vuestros problemas sin nuestra ayuda ni la gracia divina. Nosotros os cuidábamos y protegíamos tanto que hasta os llegamos a amar de una manera que para el Todopoderoso era inmoral. Aunque ese, es otro tema.

»Los que cayeron primero en compañía de Lucifer, antes de que os tentara a perder el paraíso, no tuvieron tanta suerte. Fueron directos al infierno sin posibilidad de redención. Por eso de vez en cuando salen a pasearse por la tierra, buscando almas oscuras a las que atormentar para alimentarse de su maldad y del sufrimiento que provocan. El problema es que no solo buscan almas oscuras, también quieren las almas puras o de luz para corromperlas, y eso es saltarse el acuerdo. Ahora, con las puertas del infierno abiertas no podemos controlar sus salidas y todavía es más difícil mantenerlos allí. Eso que has visto era un demonio venido directamente desde infierno.

—No puede ser, es horrible. Entonces, ¿todas las locuras y maldades que ocurren las provocan esos demonios sin escrúpulos? Y ¿qué ha pasado con Mark? ¿Por qué ha desaparecido de repente?

No entendía nada.

—No seas ingenua —respondió Nora saliendo de la habitación de Tina, que aún seguía inconsciente—. No todo lo malo que ocurre es cuestión de los demonios, dentro de los humanos también habita el mal. A veces los demonios no lo crean, simplemente lo fomentan para que los mortales enloquezcan y lo exploten al máximo y así alimentarse de ello. Tu amigo Mark ya lo llevaba dentro, su alma era oscura. Por eso, cuando Raziel le ha mostrado el espejo del alma, ha desaparecido. Si el mal se lo hubiera provocado el demonio, simplemente habría perdido la consciencia y ya está. Con el tiempo se habría recuperado, olvidando lo ocurrido, siguiendo con su vida mortal. Ahora su alma oscura caminará para siempre por el infierno, sufriendo un tormento y un dolor que jamás cesará, hasta el día de su redención.

—Sabía que algo no iba bien en él. No lo veía una persona buena, transparente ni clara y no trataba a Tina de buenas maneras, aunque esto jamás lo hubiera imaginado. Por eso ella dejó su empleo de dependienta en American Vintage, una tienda de ropa *vintage* donde trabajaba. Nada más salía al exterior lo justo y necesario. El imbécil de Mark la tenía totalmente amedrentada y esclavizada. Debió ser un calvario —en ese instante, me culpé por no haberme dado cuenta antes de que ocurriera todo, tal vez hubiera evitado esa situación—. ¿Y tú? ¿Tú también eres un ángel caído? —le pregunté a Nora, que aún me miraba totalmente sorprendida de que pudiera verlos.

—No, yo soy su camarada. Así nos llaman a los compañeros de batalla de los Grigori o ángeles caídos, y cada ángel caído tiene uno. Somos Nefilim, hijos nacidos de la mezcla de un ángel y un mortal, cosa que está prohibida. Esa fue otra de las razones por las que los Grigori fueron desterrados del cielo. No tenemos los mismos poderes que ellos, pero aun así tenemos nuestras habilidades.

—Tiene que ser increíble poder ayudar a la gente, igual que habéis hecho con mi amiga Tina. De verdad os lo agradezco —me sinceré de todo corazón.

Siempre había sentido la necesidad de ayudar a los demás, sobre todo si se metían con los más débiles. Era algo que no podía soportar y poder hacer lo que ellos hacían debía ser gratificante, aunque arriesgado. Recuerdo un día, al principio de instalarme en Los Ángeles, en el que salía de casa de Alice, después de haber estado gran parte de la noche de fiesta, cuando a lo lejos vi a dos tipos que intentaban abusar de una chica en un callejón. No pude remediarlo y me acerqué en su ayuda, pese a saber que la cosa no saldría bien para ninguna de las dos. No sé cómo ocurrió todo, pero una sensación de ira se apoderó de mí, la marca de mi cuello empezó a quemarme, como venía haciendo desde que cumplí la mayoría de edad, y sin darme cuenta uno de los dos hombres estaba tirado en el suelo con la cara ensangrentada e inconsciente. Al otro, lo tenía agarrado del cuello casi desmayado y no paraba de golpearle continuamente con mi puño, que ya me empezaba a doler y también sangraba. Tuvo que ser cosa de la adrenalina del momento, porque no me expliqué cómo pude derribar a esos dos tipos tan grandes yo sola.

Desde entonces esa chica, llamada Cassidy Young, se convirtió en otra de mis amigas junto con Alice y Tina. Últimamente no la vemos tanto como quisieramos, puesto que se encuentra bastante ocupada desempeñando el papel de mamá con Austin, el precioso bebé de tres meses que tuvo con su marido, Carl.

Experimentar esa sensación de fuerza, aunque sin saber cómo, y el poder ayudar a Cassidy me hizo sentir bien, me hizo sentir realizada.

Inesperadamente la voz de Raziel sonó, sacándome de mi momento de ensoñación, haciendo que volviera al presente.

—Bueno, basta ya de tanta cháchara. Ahora que sabes todo lo que querías es hora de que duermas un rato, ya te he dicho que cuando despiertes no recordarás nada de lo ocurrido aquí —ha-

bló Raziel acercándose a mí, agarrándome del brazo con suavidad como si fuera la cosa más frágil del mundo—. Es por tu bien.

Asentí y me dejé llevar, estaba dispuesta a hacer lo que me decía, pues en realidad no sabía si podría vivir con la certeza de saber que estas criaturas divinas existían.

—De acuerdo, si tiene que ser así, estoy preparada. ¿Me dolerá? —quise saber, algo preocupada.

—Tranquila, no duele, más bien todo lo contrario. Confía en mí, nunca le haría daño a una mortal inocente —respondió Raziel, en tono cariñoso y tranquilizador, acercándose a mí.

Me depositó suavemente en el sofá mientras yo cerraba lentamente los ojos y él ponía sus dedos en mis sienes, provocándome un profundo sueño. Mi mente divagaba inmersa en un remolino de placenteras y tranquilas sensaciones que me llevaban hasta el momento exacto en el que los trozos de cristal de la ventana del apartamento saltaban por los aires. A partir de ese momento ya no recordaría nada más de lo ocurrido en aquel lugar. Dejándome llevar por esos pensamientos y aquellas emociones, lo último que escuché fue la voz de Raziel.

—Nos volveremos a ver, aunque tú ya no puedas recordarme. Me intrigas demasiado y estoy dispuesto a averiguar por qué —me acarició el rostro para posteriormente alejarse de allí, dejándome en calma.

Y ese fue el comienzo, el comienzo de algo nuevo que estaba por llegar y que pondría mi mundo tal y como lo conocía patas arriba. Nada volvería a ser igual, no después de aquel día, de eso estaba segura.

CAPÍTULO II

EL REENCUENTRO

Desperté como si hubiera dormido cien horas seguidas, qué a gusto estaba... Un momento, ¿dónde me encontraba? Abrí los ojos y lo primero que vi fue la cara de alivio de mi amiga Alice, que me observaba desde la butaca del rincón de aquella habitación queapestaba a antiséptico. Mierda, me encontraba en un hospital y no sabía cómo había llegado allí.

—¡Madre mía! ¡No sabes lo preocupada que me tenías! —chillaba Alice mientras se acercaba y me abrazaba hasta casi dejarme sin respiración.

—Joder, Alice, afloja. Me vas a espachurrar como sigas abrazándome así. ¿Cómo he llegado aquí? ¿Y Tina? ¿Cómo se encuentra? Solo sé que entré en su apartamento y todo lo que ocurrió después es confuso, no lo recuerdo. ¿Qué pasó?

El desconcierto ocupaba mi mente, sin dejarme entender lo sucedido.

—Tranquila, Tina está bien. Al parecer Mark debió de drogaros y escapó antes de que llegara la policía. Cuando os encontraron ya estabais inconscientes. Mientras huía tuvo un accidente y su coche fue a parar al río. Todavía no han encontrado el cuerpo. La policía dice que con un impacto así, a esa altura, es casi imposible que sobreviviera. Ella despertó hace una hora. Un oficial la está interrogando, aunque al parecer tampoco recuerda nada. ¡Ese tío era un puto psicópata! —se agitó con razón mi amiga al decir aquello.

De pronto alguien llamó a la puerta, interrumpiendo nuestra conversación. Un hombre de unos cincuenta años se acercó con el semblante cansado y portando una carpeta de documentos en las manos. El inspector de policía Jones se mostró amable en todo momento con nosotras y le contamos todo lo sucedido. Bueno, yo hasta donde recordaba..., que no era mucho.

—Bien, eso es todo, señoritas. Gracias por su colaboración, seguiremos buscando y las mantendremos informadas. No se preocupen por su amiga, la tendremos vigilada en todo momento, por si acaso. Un agente la seguirá día y noche sin perderla de vista. Señorita Di Angelo, si recuerda algo más no dude en llamarme, aquí tiene mi número —me extendió una tarjeta y dio por finalizada la conversación.

—Se lo agradezco, señor Jones. Si logro recordar algo le llamaré —respondí sonriendo.

Sin decir más se marchó, cerrando la puerta de la habitación, dejándonos a solas nuevamente con nuestra conversación. Todo era muy extraño. ¿Por qué no podía recordar nada? Quizás con el tiempo lo recordaría o quizás no, tal vez fuera mejor así... Tal vez.

Esa misma noche otra vez la misma pesadilla de siempre; sin embargo, esa vez fue diferente. Los mismos gritos de lamento, el mismo dolor, aunque con la diferencia de que ahora podía ver su rostro, que aún con la agonía que reflejaba era hermoso. Sus facciones eran marcadas, tenía los ojos de un azul tan claro como el cielo en un día despejado, sus labios carnosos eran los más apetecibles que había visto nunca, su cabello negro azabache le caía por sus anchos hombros y sus alas negras con reflejos plata, que en algún momento fueron hermosas, solo eran una sombra de lo que fueron. Padecía un terrible sufrimiento y me miraba como si de verdad pudiera hacerlo, suplicándome otra vez que lo ayudara. Desperté con una terrible sensación de impotencia al no poder hacer nada por él. La marca de mi cuello empezó a dolerme igual que si quemara y una lluvia de imágenes explotó en mi cabeza, haciéndome recordar lo sucedido en el apartamento de Tina. ¿Cómo podía ser posible? Eso no podía

haber sucedido. ¿Estaba volviéndome loca? Quizás fue la droga que Mark nos había dado, que tenía efectos secundarios. Aunque, si todo era real y no existía tal droga, ese ángel caído borró nuestras memorias dejándonos sin esos recuerdos como si nada. ¿Acaso ese ángel de mis sueños tenía algo que ver con el ángel caído que estaba en el apartamento de Tina? Debía averiguar qué estaba pasando o terminaría perdiendo la cabeza de verdad. Ya habían pasado unos días y no lograba disipar esos pensamientos tan confusos, que ocupaban mi mente a todas horas.

Me duché, me puse mi top de Avenged Sevenfold, mis pantalones negros rajados y las botas estilo militar que tanto adoraba. Maquillé y pinté mis ojos con una sombra negro intenso, me recogí el cabello en un moño deshecho y salí de casa a toda velocidad porque ya llegaba diez minutos tarde, cosa rara en mí, al estudio de tatuajes. Había demorado demasiado tiempo con esos nuevos pensamientos que no lograba sacarme de la cabeza y sin darme cuenta el tiempo pasó volando. Sabía que hasta dentro de media hora no tendría que atender a mi nuevo cliente, aun así me gustaba anticiparme y dejarlo todo preparado para cuando llegara.

Entré al estudio. Mi amiga Alice ya estaba tatuando, la saludé. Decidí empezar a preparar mis cosas y al instante Ben se acercó con esa sonrisa típica en él que tanto me gusta. Realmente, esa sonrisa podría derretir a cualquiera.

—¡Hey, preciosa! ¿Qué tal amaneciste? —me preguntó, de tan buen humor como de costumbre.

—Buenos días, Ben. No tan bien como me hubiera gustado — intenté responderle con la mejor de mis sonrisas, aunque mi cara me delataba.

—Por lo que veo, alguien no pasó muy buena noche. Pese a ello, estás tan guapa como siempre —me sonrió devolviéndome el gesto.

—Gracias. La verdad es que no, no la tuve. Últimamente estoy teniendo un sueño que se repite y no es muy agradable, es angustiante y al despertar tengo una sensación de ansiedad terrible.

Cuando estaba a punto de contarle a Ben con todo detalle lo que ocurría en mi repetitivo sueño, repentinamente la puerta se abrió y entró él. No podía ser, ¿qué estaba haciendo allí? ¡Tierra trágame!

—Buenos días —nos saludó—. Tú debes de ser la señorita Nina Di Angelo, ¿me equivoco? —interpeló aquel apuesto hombre de sonrisa radiante.

¡Joder! ¿Qué estaba haciendo allí el ángel caído? Esperaba que no fuera porque sabía que lo recordé todo y tenía que matarme. A lo mejor todo era una paranoia mía, producto de mi imaginación, y debía tranquilizarme. Sin embargo, no podía, no era tan fácil.

—Buenos días. ¿Y tú eres? —le pregunté un poco insegura.

—Soy Dylan y creo que teníamos una cita para empezar con el diseño, ¿recuerdas?

En mi ignorancia, pensé que todo eran imaginaciones mías causadas por el trauma de todo lo ocurrido. Según mis supuestos recuerdos, él se llamaba Raziél y no Dylan, y pese a que el parecido era asombroso, sería pura casualidad.

—Sí, perdona, es que no te esperaba hasta dentro de veinte minutos —me excusé, aunque era cierto, todavía faltaban veinte minutos para nuestra cita.

—Lo siento. Pasaba por aquí y decidí entrar para empezar cuanto antes. Me hace mucha ilusión comenzar con el diseño —argumentó sonriéndome.

—Tranquilo, no te disculpes, tienes razón. Sé lo que se siente cuando quieres tener en la piel un nuevo tatuaje, sobre todo si es algo significativo. Ven, pasa, aquí estaremos más tranquilos para diseñar tu nuevo *tattoo*.

Me despedí de Ben, entré en la sala de diseño con mi nuevo cliente dispuesta a hacerle el dibujo que deseara y la marca empezó a escocer con una leve quemazón.

—¡Mierda, otra vez no! —bramé, rascándome la nuca. Eso ya pasaba demasiado a menudo y empezaba a preocuparme.

—¿Te encuentras bien? —preguntó apartando mi mano y observando la marca—. ¿Por qué tienes esa marca?

Su semblante estaba serio.

—Sí, estoy bien. Es que desde hace unos días me molesta más que de costumbre, es casi como si quemara. La verdad, no sé por qué la tengo, es de nacimiento. Debería visitar a un médico para que le echara un vistazo.

—No creo que un médico pueda ayudarte. ¿Sabes qué significa? —la seriedad con la que hablaba, comenzó a extrañarme.

—No tengo ni la más mínima idea. ¿Debería significar algo?

Estaba cada vez más nerviosa, ¿por qué tanto interés? Simplemente era una marca de nacimiento.

Sin decir nada acercó su mano y la puso alrededor de mi nuca, una sensación agradable me invadió de inmediato y comencé a cerrar los ojos. El sueño que tanto había tenido últimamente volvió a mi mente una vez más. Aquel ángel tan hermoso habló como si lo hiciera a través de mí y dijo:

—Ella es la llave y te ayudará a sacarme de aquí. Tráela hasta mí, Raziel. Solo así podréis liberarme —suplicó el ángel.

Abrí mis ojos incrédula por lo que acababa de escuchar. ¿Raziel? Sí que era él y no paranoias mías. En ese instante lo miré y parecía estar tan alucinado como yo.

—Por eso podías vernos el otro día, por eso lo recuerdas todo. No sabes cuánto tiempo llevo buscándote —me comunicó con un tono efusivo—. Ahora lo entiendo, todo encaja. Notaba algo diferente en ti, aun así no puede detectarlo. Debes de tener un buen hechizo de encubrimiento, alguien hizo un buen trabajo para ocultarte. Si caes en las manos inadecuadas puede ser muy peligroso. Piensa que puedes abrir o cerrar cualquier cosa, en cualquier sitio, de cualquier mundo en el que te encuentres.

—¿Cómo que un hechizo de encubrimiento? ¿Quién podría haber hecho algo así?

No entendía nada y cada vez me inquietaba más.

—Un hechizo como ese lo ha lanzado alguien con un gran poder que quería protegerte. ¿Pero quién? No lo sé, lo averiguaremos —me aseguró.

—Protegerme porque soy la llave, ¿pero por qué yo? Simplemente soy una mujer normal, ¿cómo podría ayudarte?

Según él, ¿qué se suponía que tenía que hacer?

—Tú no eres para nada normal. Eres la llave y, como ya te he dicho, tienes la habilidad de abrir o cerrar cualquier puerta, portal o lo que sea —espetó, perdiendo la paciencia—. Las llaves suelen ser descendientes de los Grigori. Seguramente tus padres biológicos lo sean. Además, eres tan valiosa porque solamente nace una cada vez que se la necesita para algún propósito importante y tú eres la número tres.

—¿Y qué ocurrió con las otras dos? ¿Para qué hemos sido creadas?

Sabía que la respuesta que me daría a continuación no me haría ninguna gracia; no obstante, necesitaba saber qué se me venía encima.

—La primera fue Shadia, quien cerró las puertas del infierno y para eso fue creada. Como puedes ver, no es la primera vez que intentan escapar. La segunda fue Lilia y encerró a Belcebú en su prisión. Se estaba volviendo muy peligroso y sin saber por qué un día enloqueció saltándose el tratado. No te voy a mentir, todas dieron sus vidas por llevar a cabo su propósito y salvar a la humanidad. Esta vez no tiene por qué ser así, te prometo que lucharé a muerte para protegerte. No dejaré que vuelva a pasar, se lo debo a Lilia.

Sonó realmente apenado al decir esas palabras. Lilia debió ser alguien muy importante para él y, por el modo en el que hablaba de ella, se notaba que aún sentía cariño por esa mujer.

—¡Wow! Todo lo que ocurrió aquel día fue real, creía que me estaba volviendo loca. A ver si me aclaro, tú eres un ángel caído que se dedica a cazar almas oscuras y demonios que se saltan el tratado con tu camarada, y quieres que te ayude a sacar a tu amigo de donde quiera que esté. Pero ¿por qué debo ayudarte? ¿Quién es él? ¿Acaso es tan importante?

Tenía muchas preguntas y si Raziel quería que lo ayudara, antes tendría que responderlas. No podía ayudarle sin saber dónde me estaba metiendo.

—Debes ayudarme porque tú eres la única que puede abrir las puertas de la prisión donde lo tienen encerrado y liberarlo, porque solo él tiene el poder de bajar al infierno sin necesidad de que su alma sea condenada y rastrear las almas buenas extraviadas que los demonios se llevan sin consentimiento, sacar a las que ya han cumplido su castigo y cerrar las puertas de una vez por todas. Debemos mantener un orden para que el bien y el mal estén al mismo nivel, por así decirlo. Aunque desde que se abrieron las puertas y encerraron a Azazel, los demonios vienen a la tierra a sembrar la destrucción a su antojo, llevándose tanto las almas de luz como las oscuras. Mira, para que ese orden funcione tenemos una especie de trato. Únicamente un cierto número de demonios puede estar en la tierra, con la condición de que nada más se pueden alimentar de almas oscuras. Si los cazamos, mientras no se resistan, no podemos hacer nada más que devolver esa alma al infierno sin la posibilidad de hacerles nada a esos demonios, que te aseguro me encantaría despellejar.

»Además, Azazel es importante porque fue capitán general de la décima orden de los ángeles llamados Grigori hasta que fue condenado con los demás. Él luchó hasta el final por todos nosotros, es mi hermano y se lo debo. Por otro lado, si algún demonio descubre lo que eres estarás en peligro, si te atrapan te utilizarán para liberar a algún demonio poderoso y asegurarse de que no nos ayudes a rescatar a Azazel para cerrar las puertas. Sé que todo esto es difícil de asimilar, pero te necesitamos, el mundo te necesita. Te he dicho que eres demasiado valiosa y conmigo estarás a salvo, te lo prometo.

Pese a la firmeza de su voz, en el fondo también había algo de súplica.

—Bien, supongamos que decido acompañarte. ¿Por qué debo fiarme de ti? Y ¿dónde tenemos que ir para rescatar a tu amigo? —indagué, mirándole directamente a los ojos.

—Te puedes fiar de mí porque soy de fiar y creo que no tienes otra opción, a no ser que quieras que algún demonio te descubra y

te lleve con él. Aparte te necesitamos, tienes que ayudarnos a dar con el lugar exacto. Se dice que está encadenado en el desierto, en las Montañas de la Oscuridad, esperando el juicio final, lo que no pasará porque nosotros lo sacaremos antes, solo nos queda encontrar la localización exacta para ir a rescatarlo. De momento vendrás conmigo a la Catedral, allí no te encontrarán.

—De acuerdo, pero en primer lugar me gustaría pasar por mi apartamento para coger lo necesario y hablar con mis amigas, con Ben y con mi jefe, para que me dé unos días libres. Tengo que inventar una buena excusa, no puedo dejar las cosas así o se preocuparían. Son capaces de remover cielo y tierra para encontrarme. Créeme, no te gustaría enfrentarte a la ira de mi amiga Alice cuando está enfadada.

Y sin más me encaminé siguiendo a ese majestuoso Grigori, ¿qué otra cosa podía hacer? Él estaba en lo cierto, yo era la única que podía cerrar las puertas y tenía la obligación de hacerlo, no podía dejar que esos mamones se salieran con la suya. Si me encontraban correría un gran peligro y, no solo yo, también la humanidad. De igual modo estaba ese ser que captaba mi atención y que con una mirada me hacía sentir cosas extrañas. Estaba dispuesta a averiguar por qué Azazel despertaba esas emociones en mí. Desde que vi su perfecto rostro en mis sueños no pude sacarlo de mi cabeza y el saber que estaba sufriendo todavía me hacía querer ayudar a Raziel con más ganas. Azazel no merecía lo que le estaba pasando y si podía hacer algo para remediarlo, estaba dispuesta a todo con tal de que no sufriera más. Como ya he dicho antes, odio ver a la gente sufrir injustamente. A eso había que sumar que quizás podría averiguar más cosas sobre mí y sobre quiénes eran en realidad mis verdaderos padres. Por fin algo sobre el tema, después de tanto tiempo.

Recuerdo que mi madre y yo estuvimos investigando por el vecindario, preguntando si alguna mujer o alguna pareja que esperara una hija se habían marchado repentinamente en aquellas fechas, pero no obtuvimos nada. Nadie sabía de ninguna pareja, ni

de ninguna mujer embarazada, que se hubiera marchado del lugar en extrañas circunstancias.

Y así fue el reencuentro con aquel ángel caído que estaba dispuesto a todo para rescatar a su amigo.

